

Estocolmo. Brindis en el cual la mano de Mutis tomó parte muy activa.

Al cumplir 70 años Álvaro Mutis, García Márquez pronunció un discurso donde hizo público su reconocimiento: "No podría decir que tanto hay de él en casi todos mis libros, pero hay mucho", y "Maqroll no es sólo él, como con tanta facilidad se dice, Maqroll somos todos".



Es grato volver a la buena amistad de la literatura en estos tiempos ruines: así lo he propuesto en el libro que Taurus acaba de publicar en Bogotá: Gabriel García Márquez-Alvaro Mutis: *Lecturas convergentes*.

JUAN GUSTAVO COBO
BORDA

Alejandro Obregón (1920-1992)

Diego Obregón, hijo mayor del maestro, y Luis Fernando Pradilla, director de la galería El Museo, en Bogotá, han emprendido la épica tarea de establecer el catálogo definitivo y razonado de la vasta obra de Alejandro Obregón, que bien puede rondar las 5.000 piezas. No sólo se logrará así combatir el plagio y las falsificaciones sino que, en los varios volúmenes que esa tarea demanda, se podrá sustentar mejor la importancia capital de su aporte al arte colombiano del siglo xx. Apreciando algunos de estos impre-

vistas rescates, retomando el hilo de su fecunda trayectoria, estos apuntes acompañan el primer volumen de esta fundamental empresa.

La personalidad de Obregón resultaba afirmativa: rotunda, viril. Pero las perplejidades, las dudas, los silencios, también eran parte esencial de su carácter. Pertenecía a una familia de recursos, en un país de pobres irredimibles, pero había optado por un oficio que lo colocaba en el azaroso mundo de la bohemia. ¿Qué significaba ser pintor en la Colombia de entonces? Retratos académicos y algún encargo público. Aún así defendió su opción, con terco coraje, y muy pronto fue reconocido.

Se había educado en el exterior (España, Inglaterra, Estados Unidos) y había sido tan vicecónsul ad honórem en Barcelona como juvenil director de la Escuela de Bellas Artes en Bogotá. En medio de estos avatares, fue desbrozando un mundo propio. La incorporación, por fin, de una furiosa naturaleza al marco de aquilatadas decantaciones plásticas. El mundo de Cézanne, el mundo de Picasso, el de sus admirados amigos latinoamericanos: Tamayo, Lam, Matta, Szyszlo.



El mundo de ese bodegón que cultivó toda su vida, donde la mesa-horizonte le permitió ofrecer su reiterado repertorio: una copa, una patilla, un mangle, una iguana, una flor carnívora, una mojarra, un alcatraz, una barracuda, un chivo, un gallo. Formas que llegaban a componer, en rigor geométrico, o en én-

fasis gestual, su vibrante armonía. El color, que celebraba la vida, era también en su pintura una dilatada agonía. Por ello sus pigmentos determinantes siguen siendo el rojo y el gris.



En todo caso, aquellos seres que pintaba, y sobre los cuales siempre volvía, también eran heridos por el rayo inmisericorde de la violencia. El cuerpo de un estudiante tasajeado sobre la escueta mesa. El paisaje elegíaco de una mujer preñada. El fúnebre cielo rasgado por un trueno de luz.

Parecía querer estar allí, donde sucedían las cosas: el 9 de abril, el 10 de mayo, el avión caído en que murió su amigo el poeta Jorge Gaitán Durán, los adioses al Che y a Camilo Torres. Pero el anverso de este rostro público, de participación y denuncia, era su conventual estudio en la calle de La Factoría en Cartagena de Indias. Su anterior cuarto de altos techos en la calle de San Blas en Barranquilla. Se aislaba para escuchar mejor la algarabía del mundo. Era un intuitivo, amante de los azares del destino, pero era también un guerrero que vencía su espantoso miedo íntimo liándose a puños o enfrentándose a una vaquillona en una corrida. Riesgo, coraje, valentía, que se tradujo muy pronto en la dimensión épica de su pintura: los toros, los cóndores, las blancas cimas más altas de las cumbres andinas, el ígneo cráter de los volcanes, y el vértigo enloquecido de los ciclones del Caribe borrando de la tierra las vanas pretensiones del hombre por domesticar un trópico que todo lo consume,

exigiendo su refundación perpetua cada día.

Por ello algunos de sus cuadros más enigmáticos y profundos nos hablan desde el fondo del océano, de la geología marina, de islas que surgen de la oscuridad del génesis, allí donde la luz es aún parte de la maciza tiniebla. Su pintura nacía con el impulso y quería vencer, con el calor original, el intolerable límite. Algo que compartían sus valiosos amigos de generación, Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, Álvaro Mutis, o Alfonso Fuenmayor, primer cronista del grupo. El texto de García Márquez, "Obregón, o la vocación desafiada", incluido en sus Notas de prensa, muestra como el desmadre vital de todos ellos no estuvo nunca dissociado del rigor artístico. Cambiaron una cultura santurrón y represiva por un espacio más fraterno y emotivo, donde la costa dialogaba con el interior, el vallenato, el porro y la cumbia con el bambuco y las aves de Obregón, en el consejo de ministros o en el congreso de la república infundieron vitalidad al apagado cóndor de nuestro escudo.



Había una pudorosa cautela en su ademán fraterno. Un fino tacto para seducir y acompañar, para proteger y establecer claras distancias. No le gustaba ser manoseado, por la atrevida ignorancia, pero supo captar el latido esencial de la naturaleza colombiana al velar el rostro de sus mujeres e identificarse con la figura de Blas de Lezo, tan herido como él, tuerto, manco y cojo, y tan capaz de ir más allá de él, para seguir pintan-

do. Dos frases suyas, en su homenaje a Hernando Lemaitre, lo definen a cabalidad:

"La naturaleza fue creada casi exclusivamente para ser pintada", y "El arte, además, sirve para vivir después de morir".

JUAN GUSTAVO COBO
BORDA

De la B L A A



Cincuenta años del Boletín Cultural y Bibliográfico

El 20 de febrero de 1958 se abrieron las puertas de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República. Ese mismo mes, empezó a circular el Boletín Cultural y Bibliográfico en un formato pequeño —media carta—, en blanco y negro, dirigido por Jaime Duarte French, director de la Biblioteca durante veinticinco años.

Hasta 1979 se publicó mensualmente y se distribuyó de manera gratuita. Entre 1980 y 1983 tuvo una periodicidad irregular. Sobre su contenido, en 1988, Alicia Fajardo dice: "El número de secciones del Boletín creció con el tiempo y el lector contemporáneo se sorprende al hallar que el primer ejemplar es de tan solo veinticuatro páginas y contiene breves ensayos que por ejemplo, bajo los títulos de 'Hombre' o 'Centenario', se concentran en la celebración de figuras notables dentro del mundo de las letras y la cultura. 'El mundo de los libros' es la sección dedicada a las reseñas bibliográficas, que en su totalidad fueron elaboradas por Agustín Rodríguez Garavito, a quien gradualmente se unieron otros ensayistas. Así mismo, el Boletín era el medio a través del cual se daban a conocer las nuevas adquisiciones de la Biblioteca Luis Ángel Arango, hoy publicadas en una separata, y los datos estadísticos del movimiento de libros en las salas General y Colombia de la misma"¹.

En 1984, siendo Subgerente Cultural, Juan Manuel Ospina le encargó al diseñador Camilo Umaña Caro darle una nueva cara, no sólo en su presentación sino en la distribución de su contenido. Es así como el tamaño y el color entran a formar parte fundamental de la nueva imagen de la revista, aunque mantiene su objetivo principal de difundir el acervo intelectual colombiano. "Los trabajos que allí se publican son trabajos 'de cierto rigor investigativo, no de opinión' —afirma Ángela María Pérez, secretaria de redacción de la revista—. El 'hombre de las letras' de la primera mitad del siglo, se ha transformado en el especialista: el sociólogo, el crítico literario o el historiador, que aunque carece del universalismo de aquél, manifiesta criterios de análisis más claros y sistemáticos y mayor profundidad al abordar su objeto de estudio"².



Las 'páginas amarillas', la segunda parte del Boletín, se dedican a los comentarios bibliográficos, a cargo de expertos, de la bibliografía colombiana que se está publicando, continuando así la tarea iniciada en 1958; sin temor a equivocarse es la más esperada por los lectores del Boletín.

En 1988, Darío Jaramillo Agudelo, quien desde julio de 1985 fue nombrado Subgerente Cultural del Banco, le propuso al Comité editorial del Boletín, grupo de intelectuales de primera línea conformado por Germán Vargas Cantillo, Hernando Valencia Goelkel, Jorge Orlando Melo y Camilo Umaña Caro, darle un viraje temático a los artículos de